

NUEVA York en verano es algo así como una desafortunada quesera en la que el vidrio es la delimitación entre la capa de polución y la atmósfera limpia y respirable, a muchísimos metros por encima del más alto rascacielos; dentro viven los neoyorquinos, esforzados ciudadanos de un Estado dentro de un Estado: ocho millones de personas hablando cuatro variedades de un idioma al que, tras una cierta adecuación, se le encuentran similitudes con el inglés académico. A esos ocho millones se añade un millón y medio de portorriqueños que decoran las calles con "slogans" exigiendo la independencia de su isla (los portorriqueños se llaman a sí mismos boricuas, y sus razones tendrán). En la quesera, la atmósfera es tórrida y densa.

Si el aire acondicionado no existiera, los neoyorquinos lo habrían inventado. Los edificios tienen acondicionador de aire, los coches tienen aire acondicionado, los bolígrafos también; sólo los cerebros carecen de tan útil mecanismo. Uno sale del apartamento o del coche y la impresión no es la de salir al exterior, sino al interior de un vaho mucilaginoso que impregna absolutamente y cuyo olor característico no se disipará hasta días después de abandonar la ciudad. Poco se puede hacer contra tan pegajoso elemento, tan pesada sudadera en la que lentamente se derriten esos edificios que para Norman Mailer son la sustancia cancerígena netamente americana; de manera que la gente opta por la solución más a mano, de lo que resulta no sólo que cada cual viste como quiere, sino que el que no quiere vestirse no lo hace, y únicamente adorna su cuerpecito con trapitos y colgantes y abalorios (a veces resulta vistoso). Y como la sorpresa es algo que no reconoce control, uno se topa de súbito con un ser absolutamente cubierto de ropones —terno, abrigo, polainas, qué sé yo— y tocado con una gorra transalpina, como si no tuviera dónde guardar su atavío para estación más adecuada o llevara la casa encima... Y así es, se trata de una de esas muchas personas que carecen de cobijo en esta ciudad de arquitectura sofocante y que al caer de la tarde reposarán en el Boverý, tapizado el epigastrio con un licor de infernal destilación y adobado el cuerpo con el serrín licuado que es el aire de Nueva York.

Mosquiteros medievales y fantasmas del Boverý

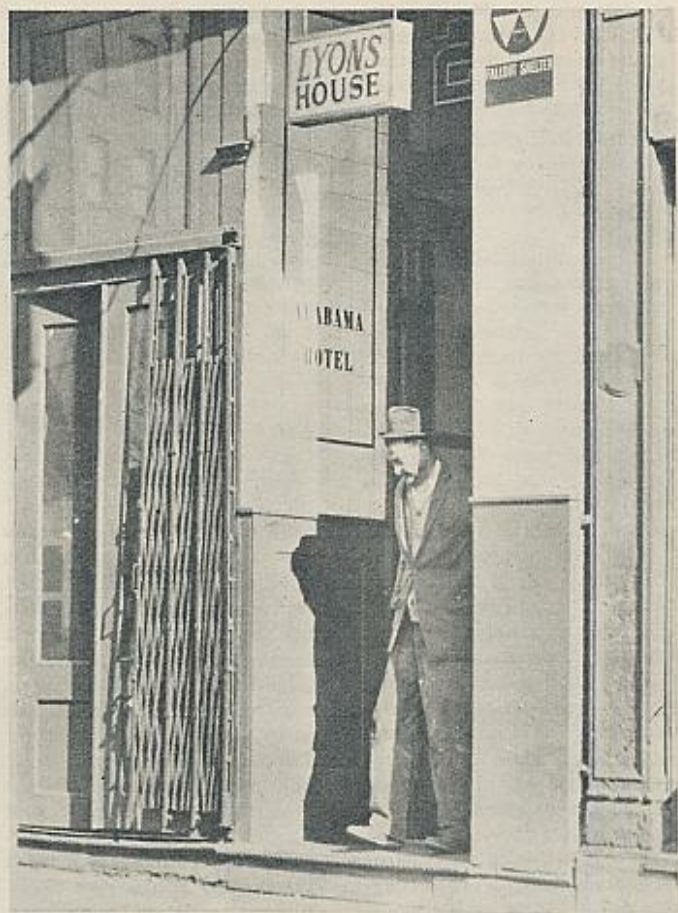
Los edificios del área de Harlem carecen de aire acondiciona-

PASEO FUGAZ POR LA QUESERA NEOYORQUINA

do, por lo que sus ventanas aparecen abiertas y no resguardadas, sino guarnecidas por fortísimos mosquiteros, verdaderas cotas de malla. (A partir de la prohibición del DDT, el mosquito se ha convertido en una verdadera plaga estadounidense, por lo que los científicos se han entregado al estudio de su comportamiento, llegando a conclusiones tan singulares como la de que únicamente pica al hombre el mosquito hembra, reservando su aguijón el macho para las flores y capullos.) La gente del Harlem contempla ensimismada un mar de aire similar al que horripilaba a Timón de Atenas o pasea por las calles como en una danza multicolor, mientras que uno atraviesa el barrio con todas las ventanas del coche cerradas, pues son demasadas las historias. Los taxis normales no atraviesan este área segregada por temores no sé hasta qué punto fundados, y como en este país cualquier sesgo produce una industria en la que uno puede comenzar de recoger pelotas y acabar en el Who's Who, rápidamente han surgido unos avispados que, tras adoptar a sus autos particulares unos taxímetros sui generis, se dedican a los trayectos ad hoc. Son los gipsies-taxis o taxis gitanos, controlados por nadie sabe qué padrino.

Boverý tampoco tiene aire acondicionado, pero aquí las ventanas ya no ostentan defensas poliorcéticas, pues nada hay que defender, ni fortuna personal, ni escudido mobiliario, ni tan siquiera la licuada inteligencia. La entrada en el barrio hay que hacerla sumamente despacio, pues unas figuras grises, desgredadas y casi impalpables se aproximan al coche y piden simplemente unas monedas que invertir en el negocio alcohólico. «Es el área de menor peligrosidad y más alto nivel de inteligencia», define mi cicerone, una muchacha encantadora y libérrima que lee a Borges en inglés y a Raimundo Lulio en francés.

Desde luego, Boverý es el más sereno y apacible ambiente neo-



«Boverý es el más sereno y apacible ambiente neoyorquino, sumido en el tranquilo desdén de los que nada tienen ni nada pretenden».

yorquino, sumido en el tranquilo desdén de los que nada tienen ni nada pretenden, salvo que la parábola evangélica de los pájaros y el Creador sea medianamente cierta. La gente no pasea, ni se mueve, ni agita su cuerpo con huecos ademanes, ni siquiera mira a la nada, sino que, recostada o tumbada en el pavimento, contempla con desenfadada entrega el paso flotante de su propio paisaje mental, enriquecido por las ginebras más lechosas y subterráneas. Es un panorama fantasmal perfectamente distan-

te de los asuntos que ocupan al resto del país; ni siquiera la galopante escasez de carne es problema en el Boverý, pues aquí el pasto es pescado y patatas fritas a la francesa. Nadie se preocupa aquí por Watergate, ni por tinglados tales como la extorsión y el soborno que pudiera haber perpetrado el vicepresidente (y que le van a impedir hacerse con la Presidencia en el caso —unos días probable y otros improbable— de que, finalmente, se le pueda meter mano a Nixon), ni por los treinta millones de dóla-



EDUARDO CHAHORRO

res de la campaña pro-Nixon que parecen haber ido a parar a manos particulares, ni por la inmigración clandestina (que de cuarenta y cinco mil individuos en 1964 ha pasado a la cifra —altamente inquietante para las autoridades— de quinientos cincuenta y cinco mil en 1972)... Como diría Ginsberg, lo mejor de las mejores generaciones ha buscado en Boverly su último reducto, compartiendo tranquilamente el banco y la muda compañía, el panorama deshilachado y brumoso, el sopor de la primera copa, que ya produce una ensoñación preñada de fantasmas.

La institución de la soltería

En Estados Unidos, cualquier cambio sociológico o cualquier indicio de fenómeno social, sea en el sentido y con la profundidad que sea, es estudiado prontamente con detenimiento y avidez, pues los datos que se obtengan pueden siempre revelar un nuevo campo de inversión o un nuevo mercado, y eso significa dinero, que es la preocupación esencial del país.

Uno de los más significativos estudios realizados últimamente (aparte del de los mosquitos) se ha centrado sobre la soltería como nuevo y peculiar mercado. En Norteamérica, y más concre-

tamente en Nueva York, la soltería ya no es un estado más o menos transitorio en la vida del ciudadano, sino que (dada la crisis matrimonial y el relajamiento de valores y los diferentes procesos de emancipación) tiende a consolidarse como institución, hasta el punto de que muchas parejas de enamorados ya no deciden su suerte al albur de una convivencia matrimonial o común, sino que, por el contrario, la decisión se toma en el sentido de vivir en la misma ciudad, pero en apartamentos distintos, amándose alternativamente y con mucho tiento para que la esfera de la libertad personal no sufra con aquello del imperio de las pasiones.

Esto no es otra cosa que la soltería institucionalizada, que, según los estudiosos, produce su característica escala de apetencias, inclinaciones y modas. El soltero o soltera de nuevo cuño transforma sus hábitos en el sentido de que ya no busca partenaire (condicionante esencial y básico del estado anterior), y lo que le interesa es obtener de sus gastos un fruto más apacible y ya no determinado por su carencia de afectividad compartida. Así las cosas, el ocio del soltero tiende ahora a una degustación más estricta y profunda de la soledad, que ya no es dilapidada en la búsqueda compulsiva del ligue (esto no quiere decir que el ligue no se produzca —que sería algo así como enmendar la plana a

Natura—, sino que ahora es algo mucho más ocasional y sedante, y que no requiere de lugares al respecto). Contando con esto, el mercado de objetos para el soltero se caracteriza por una mayor preferencia hacia los detalles que afectan al confort estético, declinando aquellos que constituirían el catálogo primario de los requerimientos sexuales. El resultado es un cierto refinamiento que abarca desde detalles en el vestir y la moda hasta la literatura de consumo. Los lugares de reunión y copas se ven ahora en la necesidad de destacar por la tranquilidad de su atmósfera más que por su facilidad para el conocimiento de nuevas amistades. Todo esto produce un gran relajamiento y una enorme pérdida de tensión.

Una de las cosas que definen en la actualidad el comportamiento del soltero es, por ejemplo, el cuidado que pone en la elección de los restaurantes, pues la nueva situación es proclive al cultivo de la gastronomía.

Somera guía gastronómica para principiantes

Para la elección de restaurante hay que tener en cuenta varios detalles y advertencias. En un restaurante italiano la comida será de excelente calidad, pero

probablemente la camarera resulte demasiado parlanchina, justamente lo contrario de lo que ocurre con los chinos. En ellos, lo primero que hay que tener en cuenta es no pedir cerveza de la China Continental, se trata de un zumo intragable, de nadie sabe qué manipulación. Una cosa importante es comer con los palillos al efecto, pues es la única manera de que la cocina china resulte y el vino no siente mal. Si uno se inclina por lo japonés, entonces si se debe pedir cerveza, de Sapporo (deliciosa); subir al segundo piso, quitarse los zapatos, acucillarse en torno a la típica mesa baja y pasar directamente al segundo plato. El primero se compone siempre de pescados crudos con diversas salsas, y le puede dejar a uno el estómago con un baile de San Vito perpetuo. Si lo que se quiere es hacer patria, lo indicado en un restaurante español es no pedir ni paella ni sangría.

Pero si lo que uno pretende no es lo exótico, sino lo propio del país, entonces lo mejor es trabajarse la carne o el "sandwich" Reuben, que además es Kosher. Se debe evitar, desde luego, cualquier Kentucky Fried Chicken, pues, como le informan a uno de inmediato, el conocido y sonrosado coronel es uno de los principales soportes financieros de Ronald Reagan. La última opción para la comida la ofrecen los alimentos para perros, con un alto nivel de proteínas y baratísimos, hasta el punto que, según otros estudiosos, el cincuenta por ciento de los compradores de alimentos para perros los utilizan para su condumio personal.

Colofón jurídico

Y después de cenar se puede ir al Greenwich Village en busca de Candy o investigar una cartelera de espectáculos con abundancia de Buñuel, Marilyn Monroe, Hermanos Marx y películas "sólo para adultos", o tomar una copa en algún speak easy nostálgico. Pero, en realidad, Nueva York no es una ciudad que invite al vagabundeo nocturno, y las raciones de escocés son inmisericordemente escasas. Sin embargo, hay indicios de que esta ciudad podría dar más de sí (si bien esta es una impresión que siempre se cierne en visitas tan fugaces). Uno de estos indicios es la existencia de una antigua ley, no derogada, que reza como sigue: "El poseedor de un oso hormiguero que lo saque a pasear de noche, deberá caminar diez pasos por delante de la fierra encadenada, con una linterna y avisando continuamente: 'Here comes the ant-eater' ('Aquí viene el oso hormiguero')". Quizá en una estancia más prolongada... ■